

# **Blog Bibliotecario**

**Compilación de entradas #23**

**Edgardo Civallero**

## ¡Viva el rey, mueran los vizcaínos!

La "Guerra de vicuñas y vascongados" fue un enconado conflicto civil que se desarrolló en el área de la antigua Villa Imperial de Potosí (Alto Perú, en el Virreinato del Perú, actual Bolivia) entre junio de 1622 y marzo de 1625. El choque enfrentó a los colonos vascos ("vascuences", "vascongados", "vizcaínos") de Potosí con el resto de la población europea de la ciudad (los "vicuñas"), especialmente con los demás peninsulares y con ciertos sectores criollos (descendientes de españoles nacidos en las colonias de América).

Las biografías de los numerosos personajes que participaron en este juego de intrigas y sangre, así como los actos indecibles que llevaron a cabo, narrados en el sabroso castellano de la época, son algo verdaderamente digno de leer. Dejaré aquí, pues, sólo un breve resumen, que haga de "preludio" para aquellos interesados en recorrer las páginas de la historia completa.

El historiador boliviano Alberto Crespo señala, en su libro "La guerra entre vicuñas y vascongados", que "de todos los grupos regionales de España, es seguramente éste [el de los vascos] uno de los más inclinados al trabajo y perseverante en sus esfuerzos... En Potosí puso las bases de la industria minera, porque poseía ya una vasta experiencia en ese trabajo". La Villa Imperial, fundada en 1545 en torno a las riquezas minerales del llamado *Sumaq Orqo* o "Cerro Rico" (enorme depósito natural de plata y estaño), era, para principios del siglo XVII, un verdadero hervidero de gente. En aquel ambiente efervescente, los colonos vascos formaban un *lobby* reducido pero extremadamente poderoso, que manejaba las principales minas e ingenios de plata y cuyos miembros tenían tantos recursos y contactos en la administración colonial que, en la práctica, podían actuar como dueños y señores, a su entero antojo.

Esa relativa impunidad, unido a que eran personas de carácter orgulloso, algo prepotentes y con escasos escrúpulos (además de ser muy trabajadoras y emprendedoras y gozar de un elevado nivel económico y social), les ganó pronto la animadversión del resto de la población, desde los *mitayos* indígenas y los esclavos negros hasta sus propios coterráneos ibéricos. Además de codiciosos y arrogantes, sus convecinos los consideraban "mercachifles", un término con el que en aquel entonces se expresaba el enorme desprecio que sentía buena parte de la sociedad colonial hacia personas dedicadas en cuerpo y alma al comercio, a los negocios y al "vil metal". Poco les importaba tal opinión a los vascos, gente que, por sobre todas las cosas, era muy práctica; como explicó uno de ellos con meridiana claridad, "él no había venido a las Indias a buscar honra, que harta la tenía, sino a buscar dineros, que era la honra que quería".

Amén de los vascos, el nombre de Potosí (según señala Crespo) había atraído a "un mundo de aventureros, antiguos soldados sin ocupación ahora que la tierra estaba sometida y había concluido la etapa de los descubrimientos [hacia 1620]; vagos y buscavidas; hombres que habrían conquistado un reino a la cabeza de cien soldados, pero que eran incapaces de descubrir una veta [en el Cerro Rico] y más aún de trabajarla; truhanes y pícaros. Al lado del minero que pugnaba por convertirse en noble, convivía el fraile azuzador a la revuelta o el espadachín sin otro afán que probar su destreza para las armas adquirida en Flandes o en Italia". Estos "espadachines", muy abundantes, eran los llamados "soldados", individuos que no siempre habían tenido un pasado militar y que vagabundeaban por las callejas potosinas (como lo hacían en muchos otros puntos del Viejo y del Nuevo Mundo por aquellos años) con los naipes en una mano y el acero en la otra, haciendo de tahúres, fulleros, buscapleitos o proxenetas, según cuadrara. Solían ser peninsulares (sobre todo andaluces, extremeños y manchegos, aunque también había algunos castellano-leoneses y gallegos) o mestizos que no gustaban del trabajo duro de las minas o los de la metalurgia asociada a ellas, pero que sí hubieran gustado de los buenos beneficios de ese trabajo. Unos beneficios que, evidentemente, apenas si veían. Vivían, pues, renegando y blasfemando por sentirse "excluidos" de las

riquezas del Cerro; según ellos, tales riquezas habían sido "expoliadas" por quienes las explotaban... es decir, por los vascos.

Al parecer, estos buenos "soldados" preferían las ganancias fáciles y los golpes de suerte, esos que habían favorecido tanto a los españoles en los primeros años del descubrimiento del Cerro. Por mero contraste, estos "desposeídos" (o vagos redomados, según se quiera mirar) no tardaron en ver a los vascos como el prototipo de "rico a envidiar y/o detestar". A esta tropa de aventureros se sumaron los criollos y los mestizos, que se sentían menospreciados por los vascos (probablemente con razón, dada la proverbial arrogancia de los vizcaínos, unida a un carácter duro y a una por lo general "imponente" presencia física).

En la primavera de 1622, los enojos contra los vascos, que en otras ocasiones se habían resuelto con despellejes de corrillo callejero, gritos airados y encendidas soflamas públicas, se convirtieron en una verdadera conjura para expulsarlos de la Villa. Vivos o muertos. Decía un texto de la época que no había justicia que osase nada contra los vascongados, "ni castellano que se atreviese a sacar espada contra vizcaíno sino con muy gran riesgo". Ante tal panorama, probablemente habría que actuar con nocturnidad y mucha alevosía. Y sacarlos de la ciudad con los pies por delante.

En la "Relación de los alborotos de Potosí" (una carta fechada el 23 de noviembre de 1623 y enviada por los vascos potosinos a sus provincias natales del norte de España) se resume la historia del conflicto. "Ya veis que los vizcaínos tienen usurpada la plata del Cerro, y los más de ellos son azogueros que a costa de los indios peruanos la han adquirido; quitadles las piñas [de plata], joyas y haciendas, y repártase todo entre los que ayudaren a la expulsión". Esa fue la proclama de los que estaban hastiados. Cierto es que el sector más "popular" (los "soldados") pudieron recibir el acicate de algunos peninsulares pudientes de Potosí, en franca competencia económica con los vascos, aunque sin tanto poder e influencias como ellos. Esos eran los primeros que querían verlos fuera de la ciudad. Fuera del Alto Perú. Fuera del Virreinato, si era posible.

En fin... Reunidos los enemigos de los vascongados en un único contingente, "dispuesto lo más necesario, acordaron que todos se llamasen castellanos, aunque eran de diferentes naciones. Acordaron también de ponerse todos sombreros de lana de vicuña de la más encendida y cintas nácares por divisa con flecos de la misma lana delgadamente hilada para conocerse. Por estos sombreros los llamaron vicuñas".

Probablemente, lo único que confería cierta unidad a los "vicuñas" era el sombrero de marras y su grito de "¡Viva el rey, mueran los vizcaínos!". Pues, a decir de los cronistas, esta buena gente pronto tuvo que atender numerosas riñas internas (por ejemplo, quién comandaría la conjura) que los llevaron incluso a matarse entre sí. Mientras tanto, los vascos se mofaban de ellos, llamándolos "moros blancos" (a los andaluces), "judíos traidores" (a los extremeños) y "mestizos bárbaros" (a los criollos), entre otras lindezas de similar cariz.

Finalmente, la contienda empezó. Y lo hizo con la ejecución de un valentón vasco, Juan de Urbieto, asesino impune que vivía bajo la protección del poderoso señor de Oyamune. A su puerta precisamente apareció su cadáver, acribillado a estocadas, la mañana del 8 de junio de 1622. Aquel era un mensaje claro. Los ánimos se caldearon, una cosa llevó a la otra, y así se desarrolló una seguidilla de crímenes, ataques y atentados cruzados, cada vez más brutales, y cada vez menos "disimulados".

En corto número (no superaban el centenar en total), asediados por todas partes, y ante la muerte natural de su líder, Domingo de Berazategui, muchos vascongados decidieron desplazarse a la cercana La Plata (actual Sucre), mientras que los pocos que se quedaron en Potosí se pusieron a las órdenes de Pedro de Berazategui, hermano de Domingo.

Entre sitios a enormes casas coloniales provistas de arsenales y armerías propias, batallas campales a base de arcabuzazos, interceptación de correos y de mensajes cifrados, contraseñas en euskera, encerronas y puñales en alto, amoríos, traiciones y otras historias ambientadas en las callejas oscuras de la rica Villa, 1623 vio la llegada de

un nuevo corregidor, don Felipe Manrique. El hombre, un tremendo corrupto por naturaleza, logró que los "vicuñas" terminaran por abandonar Potosí y que los vascos se reapropiaran de la ciudad. Sin embargo, a finales de ese año recomenzaron los ataques de los "vicuñas", cada vez más virulentos, y los vascongados, espantados, se vieron forzados a huir. El ensañado asesinato del vizcaíno Juan Fernández de Oquendo, destrozado a cuchilladas a finales de 1623, hizo que toda la comunidad vasca del virreinato se uniera y enviara un reclamo unánime a sus comunidades de origen en el norte de España y al propio monarca español, a la sazón Felipe IV. El entonces virrey del Perú, Diego Fernández de Córdoba, tomó cartas en el asunto y logró el ajusticiamiento de 40 líderes "vicuñas" entre 1624 y 1625. El conflicto se fue apagando, no solo por los ejemplarizantes castigos, sino por el propio agotamiento de ambas facciones, de modo que se cerraron las hostilidades con un tratado y el casamiento de la hija del señor de Oyanume y el hijo de Castillo, uno de los capitanes "vicuñas" sobrevivientes.

En abril de 1625, un real decreto perdonaba a todos los "vicuñas", excepto a los que hubieran cometido delitos de sangre. A pesar de tantas paces y perdones, en los años siguientes algunos "vicuñas" continuaron cometiendo actos de vandalismo contra los vascos, y el odio entre ambos grupos duraría un siglo entero.

El 15 de marzo de 1626, los ingenios de plata de Potosí fueron destruidos por una violenta e inesperada inundación. El evento fue interpretado por muchos como un castigo divino por toda la violencia derrochada y la sangre derramada gratuitamente durante los años anteriores.

## Cosas que madre solía hacer...

El sitio *web* Forgotten Books me ha regalado varias sorpresas últimamente. Una de ellas fue un libro, "Things Mother Used to Make: A Collection of Old Time Recipes, some nearly One Hundred Years Old and Never Published Before" [Cosas que madre solía hacer. Una colección de viejas recetas, algunas con casi un siglo de antigüedad y nunca publicadas antes], escrito por Lydia Maria Gurney en 1913 y publicado en Nueva York por The MacMillan Company. Gurney describe así el objetivo de su libro.

"Consiste en recetas de la vieja escuela, que han sido transmitidas en su mayor parte de boca en boca, de una generación a otra, a lo largo de un periodo de casi cien años. La autora, originaria de Nueva Inglaterra, ha probado en su cocina la mayor parte de estas recetas, que representan la mejor cocina de todos los tiempos".

El volumen contiene un sabroso compilado de preparaciones culinarias de todo tipo, todas ellas con el toque indiscutible de la cocina hogareña de siempre. Al final, cuenta con un "Apéndice" que resulta, quizás, la parte más curiosa e interesante del volumen, sobre todo para aquellos que no nos dedicamos a la gastronomía. Básicamente, el apéndice recopila viejos consejos y trucos caseros...

"Para mantener sus manos blancas

Tenga un pedazo de limón en su baño o cocina. Le quitará manchas de las manos".

Algunos ya no son necesarios... aunque nunca se sabe...

"Para conservar huevos

En verano, cuando son baratos, compre una cantidad suficiente de huevos recién puestos. Para que duren hasta el invierno, tome una parte de vidrio líquido y nueve partes de agua fría que haya sido previamente hervida, y mézclelas bien. Coloque los huevos en una bandeja honda y vierta sobre ellos la mezcla anterior, hasta que los cubra en una pulgada. Los huevos aguantarán seis meses, si están perfectamente frescos cuando se los empaqueta de esta suerte, y no tendrán sabor extraño alguno, a diferencia de lo que ocurre cuando se los conserva en agua de cal".

Los hay realmente curiosos...

"Para eliminar olores desagradables de la casa  
Esparcir café recién molido o un poco de azúcar en una plancha de carbones al rojo. Es un buen desinfectante".

...y los hay más curiosos todavía...

"Cáscaras de cebolla como tintura  
Si desea obtener una tintura amarilla, guarde las cáscaras de las cebollas. Teñirán la telas blancas de un tono amarillo vivo".

Evidentemente, siempre están los que apelan al sentido común...

"Un uso para el vinagre de los encurtidos  
Cuando ya no queden encurtidos en sus tarros de vidrio, no tire el vinagre en el cual se los conserva. Úselo para aliñar las ensaladas. Es mucho mejor que el vinagre solo, debido al sabor que posee".

...y otros que apelan a un sentido común... de antaño.

"Para suavizar botas y zapatos

Frótelos con querosén. Los zapatos durarán más si se los frota con la grasa que gotea del cordero al asarlo. La gente de antes siempre usaba sebo de carnero para los zapatos de los niños".

Finalmente, el "Apéndice" incluye una descripción que retrotrae a antiguas novelas y películas de época...

"La manera adecuada de barrer una habitación

Limpie de polvo el mobiliario y muévelo a otra habitación. Limpie de polvo los adornos y las cosas pequeñas y colóquelas sobre la cama, si está en un dormitorio, o en una mesa, si está en otra habitación. Cepille las cortinas, bájelas y extiéndalas sobre la cama o sobre una mesa. Cúbralas con una sábana, junto a los adornos. Humedezca un periódico, desmenúcelo en pedacitos pequeños y espárzalos sobre la alfombra. Ahora usted está lista para barrer.

Barra toda la suciedad hacia el centro de la habitación. Barra las esquinas con una escobilla pequeña. Mueva cada mueble que no haya sido trasladado, para que no quede suciedad debajo de ellos. Abra las ventanas antes de barrer. Cuando el polvo se asiente, tome un balde de agua caliente, disuelva en él una cucharadita de amonio, y con un paño limpio empapado en esa mezcla limpie las ventanas, espejos y cuadros; pula luego con un trapo seco. Elimine todas las marcas de dedos de puertas y mesas.

Ahora, si el suelo está alfombrado, tome un balde de agua limpia con amonio y con un pequeño cepillo, frote toda la alfombra para quitar el polvo y avivar los colores. Vuelva a colocar el mobiliario, los adornos y las cosas pequeñas y las cortinas, y su habitación habrá quedado perfectamente limpia. Manteniéndola cuidada, solo será necesario realizar esta limpieza una vez cada dos o tres semanas".

Los trucos caseros y recetas hogareñas de ese ayer no tan lejano no han desaparecido; solamente se han adaptado a los nuevos tiempos y a las nuevas necesidades. Basta revisar los cientos de libros, revistas y sitios web actualmente dedicados a esa materia. No hay nada nuevo: lo mismo de siempre, pero con otros materiales.

Sin embargo, es realmente emocionante encontrar que, en algunos casos concretos, nuestras costumbres no han cambiado en absoluto a lo largo de dos siglos. Todavía podemos reconocernos, hoy por hoy, en los viejos párrafos de un libro para amas de casa de mediados del siglo XIX o de principios del siglo XX... Reconforta comprobar que eso que llaman "progreso", con sus cachivaches eléctricos y su barata y continua aplicación de la ley del mínimo esfuerzo ("todo es más fácil y más rápido"), no ha logrado despojarnos de toda nuestra identidad; esa que, de vez en cuando, gustaba de ensuciarse las manos.

## Mercenarios renacentistas

La *Katzbalger* (en alemán, literalmente, "destripagatos") era una espada renacentista corta, muy robusta, de unos 80 cms. de largo, entre uno y dos kilos de peso, y provista de una enorme guardia en forma de ocho que protegía la mano y evitaba que la hoja del enemigo se deslizase y se llevase por delante los dedos. Esos letales pedazos de metal caracterizaban a los lansquenets; tanto, que cuando los ilustradores de la época querían representar a uno, les bastaba con agregar ese arma al retrato. Y era el último recurso de aquellos fieros soldados cuando todas sus otras posibles armas –que no eran pocas– quedaban destrozadas, carentes de munición o inutilizadas por la proximidad del enemigo.

No les faltó trabajo a esas hojas de acero durante el siglo XVI. Ni a ellas ni a sus dueños. Originalmente, allá por el siglo XV, los lansquenets (del alemán *Landsknecht*, "siervo de la tierra") eran los peones que en las regiones germanas acompañaban a sus señores feudales a la guerra. Eran, por hablar claro, la carne de cañón barata de las aventuras de los nobles aburridos, y la materia prima de las tétricas alfombras de cadáveres que cubrían los viejos campos de batalla, tan abundantes en la Europa de entonces. Y en la que vino después...

Hacia fines de la centuria, sin embargo, las guerras comenzaron a cambiar de aspecto. Ya no se trataba de los enfrentamientos medievales de caballeros y huestes acompañantes, lanzas y espadas repicando sobre escudos, torres tomadas, héroes que arriesgaban sus vidas... Aquellos legendarios caballeros de los cantares trovadorescos, y sus monturas, y sus pesadas y relucientes armaduras, fueron perdiendo terreno velozmente ante los ligeros soldados campesinos y plebeyos que, sin caballo ni armadura, y provistos solo de un arco, una ballesta o una pica (o, más tarde, un arcabuz o un mosquete), derribaban al más augusto, linajudo y empenachado de los comandantes desde lejos, sin necesidad de entrar en leal lid, ni de haber nacido con

sangre azul, ni de tener costosos armamentos y entrenamientos. A veces, sin siquiera despeinarse demasiado: un chicotazo de ballesta en la gorguera desde un escondrijo en los matorrales, a medio centenar de metros, y duques, marqueses y condes caían a plomo desde la silla de montar sin saber siquiera de dónde les había llegado aquella sibilante sentencia de muerte.

Las guerras cambiaban, pues. El espíritu guerrero también. Ir a combatir ya no era sólo una cuestión de honor, o de obediencia al señor de la tierra. La Edad Moderna traía, para los antiguos siervos, la posibilidad de ir a pelear por dinero, Si uno era hábil y tenía el estómago suficiente, podía cobrar una buena paga por tumbar de un chuzazo o ensartar en una pica a algún fulano con otro vestido, otro idioma y otro sombrero. O con los mismos, si hacía falta, que no estaban las cosas para andarse con remilgos. Y hubo gente que, de tanto andar por los numerosos escenarios bélicos que los buenos regentes europeos brindaron a sus súbditos durante el siglo XV, adquirió una amplia experiencia. Puede decirse que les gustaba lo que hacían –la degollina, el saqueo y demás– y encima lo hacían bien.

¿Qué más podía pedir un señor de la época, necesitado de un ejército? El Emperador del Sacro Imperio Romano, Maximiliano I, vio las posibilidades de esta gente y en 1487 los convirtió en una tropa de mercenarios profesionales, capaces de hacer frente a la más oscura y terrible pesadilla de los hombres de armas de entonces: los *Reisläufer* o piqueros suizos, que también vendían sus manos y sus hierros al mejor postor y que, al parecer, tenían mucha destreza, muy pocos escrúpulos y menos conciencia.

Al principio, los lansquenets provenían de Suabia, Bavaria, Alsacia y Renania, pero luego se sumaron hombres de todos los rincones de Europa. Eran reclutados en ferias y tabernas entre los individuos con mejor reputación como soldados... o con peor reputación como personas, que era casi lo mismo. Se esperaba que fueran los más efectivos a la hora de la carnicería, y como tales se les pagaba. Lucharon, entre muchas otras, en las Guerras de Italia (1494-1559), en las Guerras de Religión de Francia (1562-

1598), en la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648) y en la de los Treinta Años (1618-1648). Tenían fama de traidores, de cambiar de bando por una mejor oferta, e incluso de huir del campo de batalla si la situación se les torcía. Eran peligrosos precisamente porque no cumplían códigos que no fueran los propios. Y eran muy temidos, sobre todo cuando se les daba vía libre para el saqueo (como pudo averiguar la ciudad de Roma en 1527).

Comenzaron luchando con picas muy largas en formaciones cerradas, una idea que fue copiada por los posteriores Tercios españoles. Entre los piqueros se solían colocar algunos soldados provistos de terribles *Zweihänder*, montantes o espadas de dos manos empleadas para quebrar las picas enemigas. Ocurrió que, de tanto luchar al lado de soldados españoles en Italia, fueron adquiriendo sus malas mañas. Los ibéricos, que eran resabidos como ellos solos, si bien gustaban de batirse en duelo a dos hierros y demás, eran más proclives al uso de ballestas y arcabuces para destrozar, desde lejos, las formaciones que les parecían demasiado densas y peligrosas. De modo que los lansquenets incorporaron las armas de fuego, además de tropas muy móviles y juego muy sucio. Lo bueno es que ganaban las batallas. Lo malo es que lo hacían sin honor de ningún tipo, razón por la cual algunos generales del siglo XVI decidieron prescindir de sus servicios.

Eran muy reconocibles por sus ropas, que en principio copiaron de los suizos, pero que luego llevaron al extremo del anarquismo, el desaliño o el pintoresquismo, según se quiera ver (algunos autores contemporáneos llegaron de hablar de "harapos"). Vestían calzón y jubón acuchillado, camisa con mangas muy abombadas, una enorme boina plana adornada con largas plumas, coquilla y lazos para sujetar los calcetines. Cada cosa era de un color y una calidad diferentes, e incluso la misma prenda tenía varios colores porque estaba remendada con telas distintas. Sin duda, llamaban la atención. Maximiliano I les permitió usar esos ropajes y violar, con ello, todos los códigos de comportamiento militares. El Emperador aducía que bastante miserable y corta era la vida de esos fulanos como para encima andar pidiéndoles que vistieran con decoro.

Sus huestes eran seguidas por la *Tross* o *Dross*: un verdadero enjambre de comerciantes que se aprovechaban del negocio de la guerra y la rapiña, además de los vendedores de vituallas y de bebidas fuertes (sobre todo cerveza), las infaltables prostitutas, los herreros y otros trabajadores, los portadores y buena parte de la familia de los soldados (niños pequeños inclusive). Había además muchísimas mujeres solteras que seguían a la tropa y ofrecían sus servicios como lavanderas, cocineras o costureras. Los campamentos eran, por lo general, una anárquica nube de tiendas organizadas en el centro de un círculo de carros y cañones, aunque en estadias largas se construían unas infectas chozas de paja y adobe que se alzaban entre lagunas de excrementos y orines, basurales y restos de hogueras. El caos, las peleas y las enfermedades infecciosas eran facetas características de esos campamentos, que tenían autoridades especiales para solventar conflictos puntuales (p.e. el "sargento de prostitutas") y una horca en la entrada, que hablaba a las claras del castigo que recibirían los que infringieran (demasiado) las laxas reglas en torno a las que se movía esa comunidad.

Los lansquenetes dejaron muchas historias detrás. Célebres en los anales históricos son las proezas de la "Banda Negra" de mercenarios que luchó a las órdenes de Francisco I de Francia, y que fueron destrozados en la mítica batalla de Pavía por los lansquenetes imperiales de Carlos V. Tras la muerte de éste último, las pagas comenzaron a ser menores o nulas, y las tropas de lansquenetes se fragmentaron en bandas y terminaron desapareciendo. El terror y odio que provocaban era tal que en 1534 la buena gente de Siena (Italia) les ofreció un banquete sazonado con 35 libras de veneno. La fama de duros e invencibles de la que disfrutaban se acrecentó cuando ni uno solo de los que se deleitaron con las emponzoñadas viandas murió.

## Jugando con las palabras

En algún párrafo de "Music in Aztec and Inca Territory" [Música en el territorio azteca e inca], el recientemente fallecido musicólogo estadounidense Robert Stevenson explica que una de las fuentes de información más jugosas para el etnomusicólogo (en realidad, para el estudioso de cualquier rasgo cultural de una sociedad) son los diccionarios, gramáticas, artes, vocabularios y demás textos lingüísticos. Señala Stevenson que todo rasgo de la identidad y la cultura de un pueblo se refleja, casi obligatoriamente, en sus palabras. Poniendo en práctica su aseveración, exploró incansablemente los primeros manuales y listados de voces indígenas latinoamericanas (sobre todo los de náhuatl y quechua), buscando allí nombres de instrumentos, ritmos, géneros, bailes y cantos. Con lo que halló pudo hacerse una idea preliminar (y dárnosla a sus lectores) del pasado musical de los extensos territorios antaño controlados por Tenochtitlán y Cusco.

La técnica ha sido empleada por muchísimos investigadores modernos. En América Latina, un claro ejemplo lo presenta el chileno José Pérez de Arce en el catálogo "Música en la piedra" [<http://www.precolombino.cl/biblioteca/musica-en-la-piedra/>]. En las disciplinas arqueo- o etno-musicológicas, la revisión de diccionarios (antiguos y modernos) puede conducirnos al encuentro de instrumentos que en la práctica han caído en el olvido o en el desuso (y que los vocabularios aún recuerdan). O a descubrir la antigüedad de alguna práctica instrumental que considerábamos relativamente moderna, o las relaciones de los bailes actuales con otros antiquísimos. O a entrever la evolución de ciertos nombres a lo largo del tiempo (si se revisan las fuentes lingüísticas ordenadas cronológicamente). O a detectar, *grosso modo*, cuando cierta flauta o cierta forma de cantar desaparecieron...

Gracias a estos métodos de investigación de fuentes documentales lingüísticas, los intérpretes de *sikus*, las famosas flautas de Pan de doble hilera del Altiplano peruano-boliviano (y alrededores) saben que el vocablo *siku* es de origen aymara, y que puede

rastrearse al menos hasta 1612, fecha en que se imprimió el primer vocabulario escrito en esa lengua ("Vocabulario de la Lengua Aymara", Ludovico Bertonio), que incluye "sico" en su listado. Algo similar ocurre con *antara* (flauta de Pan de hilera simple) o *wank'ara* (bombo) en quechua, que aparecen ya en las primeras crónicas peruanas y en el vocabulario de Diego González Holguín ("Vocabulario de la lengua general de todo el Perv llamada lengua Qquichua o del Inca", 1608).

Los problemas surgen cuando se utilizan estas fuentes para buscar las raíces y los orígenes de tal o cual término en el marco de "investigaciones" que utilizan herramientas académicas o científicas para fines burdamente chauvinistas. Lamentablemente, no sólo la musicológica, sino también buena parte de la literatura antropológica de la última mitad del siglo XX en América Latina está plagada de estos ejercicios "etimológicos" que solo han logrado crear confusión y desinformación. Sería el hipotético caso de un autor que pretenda negar el más que comprobado origen aymara del término *siku* y construya una explicación que roce el ridículo para darle a la palabra un origen quechua. O guaraní. O muchik. O lo que convenga al caso... El desaguisado no se limita a una mala interpretación (totalmente intencional) de las fuentes documentales: sobre esa nueva explicación etimológica se suele construir una teoría y una historia alternativas, que suelen ser aprovechadas por ciertos círculos políticos, sociales o incluso intelectuales para apoyar determinadas posiciones o reclamos.

Un caso de este tipo es el de los investigadores ecuatorianos Piedad y Alfredo Costales, que realizaron numerosas investigaciones antropológicas y musicológicas a fines del siglo pasado en todo el territorio ecuatoriano. En sus descripciones de los instrumentos musicales del área andina decidieron evitar la etimología quechua de la mayoría de ellos y buscar las raíces de los nombres en lenguas pre-incaicas ecuatorianas... o en los supuestos derivados actuales de esas lenguas. ¿El motivo? Negar la evidente impronta que dejó, en territorio de Ecuador, la conquista incaica, e intentar revivir los hoy casi

desaparecidos patrones culturales existentes antes de la llegada de las huestes de Cusco.

De esta forma, en uno de sus trabajos, "Lo indígena y lo negro" (Instituto Andino de Artes Populares, Ecuador, 1995), uno puede leer a los Costales señalando los "crasos errores" de traducción e interpretación de prácticamente todos los autores que los precedieron (desde los primeros cronistas coloniales hasta investigadores contemporáneos) y buscando las raíces de las palabras que analizan en lenguas como el chachi/cayapa o el tsáchila. Las piruetas etimológicas que efectúan son tremendas, y más tremendas aún son las explicaciones creadas para sustentar tales piruetas y negar el origen quechua-cusqueño-incaico de ciertos rasgos culturales ecuatorianos actuales.

Veamos un ejemplo (p. 68)...

### **Pingullo**

En Chachi **pingu**=luciérnaga; habla de agua, culebra y luciérnaga. En Zatchilá **pílno**=desleírse; **pilú**=invierno, creciente, pozo. Todas las grafías hablan de estar destinado dicho instrumento al culto del agua. Descompuesta la grafía, expresa en Zatchilá, haber estado destinado al baño purificadorio para envolver y embalsamar a los muertos...

El término *pingullo*, tal y como se emplea en Ecuador, es una adaptación del quechua *pinkullu*, utilizado a lo largo y ancho de toda la cordillera de los Andes (y, con adaptaciones, en las áreas de selva amazónica vecinas), y que figura como "pincullo" en el diccionario de González Holguín. El instrumento ha cumplido numerosas funciones (incluyendo las ceremoniales) entre las distintas comunidades indígenas de los Andes, aunque las que señalan los Costales no se encuentran entre ellas. Uno no puede dejar de preguntarse cómo llegan los autores a las conclusiones a las que llegan. Más que buscar explicaciones en las palabras, parecen buscar palabras que sustenten sus explicaciones.

Aunque quizás el colmo de los colmos sea descubrir, gracias a los Costales, que el término "ocarina" no es una palabra de origen italiano, como señalan todos los diccionarios y enciclopedias, sino que deriva del quechua *waqarina* ("llorar, llanto"). Probablemente nuestros autores lo hicieran derivar del quechua porque los diccionarios chachi y tsáchila no arrojaban ningún vocablo que se pareciera...

Lamentablemente, estas prácticas no quedaron limitadas al siglo pasado. Una teoría en circulación desde hace un tiempo en el mundo folklórico andino busca negar el origen castellano de la palabra "charango" indicando que el vocablo derivaría de la combinación del término aymara, *chara* ("pierna") con el quechua *anku* ("tendón"). Dejando de lado el hecho de que sería una de las pocas (sino la única) voz andina formada por palabras de dos lenguas distintas; de que el término *chara* se refiere a una pierna humana (o a una de ave) y no a la pata de un animal; y de que es demasiado evidente que los que idearon esta locura buscaron voces que se asemejaran al sonido "charango", ¿cómo se explica el significado de la supuesta palabra *charanku*, "tendón de pierna"? Al parecer, los primeros charangos utilizarían tendones secos como cuerdas... Un hecho que, evidentemente, no aparece secundado por ninguna fuente documental.

Sirvan estos ejemplos para señalar la necesidad de una metodología crítica, consecuente y reposada en el marco de las investigaciones sobre la cultura latinoamericana. Ya ha habido demasiada improvisación (basta revisar las etimologías que intentaron explicar los topónimos del noroeste argentino a mediados del siglo XX), y demasiadas teorías dibujadas solo para responder a unos criterios interesados que pocas veces tenían algo que ver con la verdad. Estamos hablando de nuestra historia, nuestra cultura, nuestra realidad. Vale la pena realizar el "esfuerzo" de ser meridianamente serios y responsables.

## Por tierras patagónicas

El jesuita inglés Thomas Falkner (1702-1784) publicó "Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur" en 1774 en Hereford (Reino Unido). Se trata de una obra basada en sus memorias de trabajo en la actual Argentina, sobre todo durante su labor misionera junto al padre José Cardiel en la provincia de Buenos Aires, entre 1744 y 1747. Incluye también muchísimos informes que obtuvo de terceros; viajeros, militares o religiosos.

En sus líneas se describen, con mayor o menor detalle, lugares, paisajes, historias y gentes desde el sur de la provincia de Córdoba hasta la Tierra del Fuego. Los datos que Falkner proporciona en su libro sobre los pueblos originarios de la Pampa y la Patagonia se cuentan entre los primeros publicados al respecto, y si bien no siempre son del todo exactos, en ocasiones describen rasgos culturales aún vigentes.

Transcribo algunos párrafos de la versión que poseo (Buenos Aires: Librería Hachette S.A., 1957), traducida por el arqueólogo, etnógrafo y lingüista argentino Samuel Lafone Quevedo y que incluye un jugoso estudio preliminar del antropólogo español Salvador Canals Frau. Los párrafos pertenecen al capítulo V: "Religión, gobierno, política y costumbres de los Moluches y Puelches". He incluido, entre corchetes, algunas notas aclaratorias, sobre todo de aquellos rasgos que aún sobreviven.

\*\*\*

Estos indios creen en dos seres sobrenaturales, el uno bueno, el otro malo. Al ser bueno llaman los Moluches Toquichen, que equivale a "señor de la gente"; los Taluhets y Dihuihets le dan el nombre de Soychu, que en su lengua significa "el ser que manda en el país de la bebida fuerte"; mientras que para los Tehuelhets es Guayava-cunnee [Guayavacuni de los Gününa-küna o Tehuelches del norte], o sea "señor de los muertos".

Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada estirpe o familia de indios que se supone haya creado él. Los unos se dicen casta del tigre [jaguar], los otros del león [puma], algunos del guanaco como otros del avestruz, etc. Se imaginan que cada uno de estos dioses tienen su morada aparte en vastas cavernas subterráneas, bajo de algún lago, cerro u otra cosa, y que cuando muere algún indio, su alma se va a vivir con el dios que es el patrón de su propia familia, y gozar allí de la felicidad en una ebriedad perenne.

Creen ellos que sus dioses buenos formaron el mundo y que al principio crearon a los indios en sus cuevas, dándoles lanzas, arcos y flechas, y las boleadoras con que pelear y cazar, y que en seguida los echaron y que se manejaran como pudiesen. Se imaginan que los dioses de los españoles hicieron otro tanto con ellos, pero que en lugar de lanzas, arcos, y además les dieron armas de fuego y espadas. Se sacan de la cuenta que cuando fueron creados los animales, las aves y demás salvajinas menores, los más ágiles salieron al punto de sus cuevas, pero que los toros y las vacas, que estaban atrás de todos, con sus cuernos les infundieron tal miedo a los indios, que éstos cerraron la entrada a sus cuevas con grandes piedras. Con esta razón explican por qué no había ganado vacuno en tierra de ellos antes de que lo introdujeran los españoles, quienes con más cordura los habían dejado salir de su cueva.

Se hacen la ilusión de que algunos de ellos después de muertos han de volver a estas cuevas misteriosas. También suponen que las estrellas son indios de antes, que la vía láctea es el cazadero en que los indios éstos corren avestruces y que las dos nubes australes [Nubes de Magallanes] son las plumas de los avestruces que voltean. También aseguran que la creación aún no se ha completado y que no toda ella se ha manifestado ya a la luz del día en este, nuestro mundo de la superficie.

\*\*\*

Los brujos de ellos [machi, entre los Mapuche], al son de sus cajas [kultrún] y de sus mates llenos de caracoles [wada] dicen que ven en el mundo subterráneo hombres, ganados, etc. con venta de caña, aguardiente, cascabeles y muchas otras cosas más. Pero tengo fundados motivos de saber que no todos se prestan a creer en estas patrañas, porque el cacique Tehuel, Chehuentuya, me vino una mañana con el cuento de que uno de sus hechiceros acababa de descubrir uno de estos lugares subterráneos y lo ubicaba precisamente abajo de donde ellos estaban; y al reírme yo, haciéndole ver su inocencia si se dejaba engañar con tales fábulas y desatinos, contestó con aire de desprecio: Epueungeing'n. Son cuentos de viejas.

El espíritu malo se llama entre los moluches, Huecuvoe, o Huecuvu, esto es, "el vago de afuera". Para los Tehuelhets y Chechehets es Atskannakanatz y para los demás Puelches, Valichu [que pasó al ámbito criollo como Gualicho].

De estos demonios reconocen que hay un sinnúmero que andan por el mundo, y a ellos les acumulan cuanto mal acontece en él, ya sea al hombre o a las bestias; y a tal extremo llegan con estas sus creencias, que para ellos son estos malhadados seres la causa del cansancio y del desfallecimiento que les sobreviene en sus largas jornadas o fatigas del trabajo. Según ellos, cada uno de sus hechiceros tiene dos de estos demonios continuamente a su lado que le suministran los medios de predecir lo que está por suceder, avisan lo que está aconteciendo en un momento dado, pero en otra parte, por distante que sea, y permiten curar a los enfermos, haciéndose ellos cargo de combatir, expulsar o ganarse a los otros demonios que son causa de su tormento. Creen también que las almas de sus hechiceros, después que mueren, pasan a formar en el número de estos demonios.

[...]

Los hechiceros son de los dos sexos. Los hechiceros varones tienen que abandonar (por decirlo así) su sexo y vestirse de mujer y no se pueden casar, aunque a las hechiceras o

brujas se les permite esto. La separación para este oficio se hace en la niñez, y siempre se da la preferencia a aquellos que en sus primeros años dan señales de un carácter afeminado. Desde muy temprana edad visten de mujer y se les entrega el tambor y las sonajas propias de la profesión que será la de ellos.

Los epilépticos y los atacados del mal de San Vito son desde luego seleccionados para ese destino, como designados por los demonios mismos, porque los creen poseídos por ellos, y a ellos atribuyen las convulsiones y retortijones tan comunes en los paroxismos de la epilepsia.